

Pero me preguntará ahora ¿cuál es el objeto de esa enorme cantidad de agua que forma el Océano y que cubre las dos terceras partes de la superficie de nuestro globo? Ya antes hemos visto cómo era preciso que los continentes estuviesen rodeados de grandes mares, para que la evaporación constante y proporcionada de las aguas mantuviese los vegetales y animales que viven en aquellos. Piensa ahora, además, que esas grandes masas de agua, lejos de separarnos de unas tierras á otras, y de ser obstáculo á nuestras comunicaciones, nos facilitan los medios de trasportarnos de unos países á otros, con mas comodidad que si tuviéramos que hacerlo por tierra. Por otra parte, ¿no es cierto que en esos mares encuentra el hombre los peces que le sirven de alimento, y que el Océano distribuye generosamente por todo el globo? El viajero que atraviesa los desiertos de la tierra podrá encontrarse sin objetos que apacigüen su hambre ó que calmen su sed; pero el navegante y aun el náufrago tendrán siempre en el Océano alimentos que satisfagan ambas necesidades. El Océano proporciona al hombre los variados placeres de la navegacion, le divierte y deleita con panoramas espléndidos, y haciendo girar diariamente nuestro globo como una estupenda rueda hidráulica, mantiene los dias y las noches y recorre las estaciones del año cargando y descargando los polos con las nieves y evaporaciones que causan otros movimientos admirables.

CARTA XIII.

Los rios y sus manantiales. — Objeto y utilidad de los rios. — Rios notables. — El Mississippi. — El Nilo. — Inundaciones del Nilo y causa de ellas. — El Ganges. — Culto tributado á este rio. — Aspecto del Ganges y episodio en su corriente. — Noches en el Ganges. — El Rin. — Aspecto de su curso. — Ciudades que recorre. — Constanza. — Basilea. — Strasburgo, su catedral y su reloj, notables. — Offenburg. — El castillo de Stauffen y su leyenda. — Baden. — Otras diversas ciudades de Alemania. — Embocaduras del Rin. — El Jordan y sus recuerdos sagrados.

México, Enero 6 de 1862.

Puede que alguna vez tengamos tú y yo la dicha de hacer una expedicion á la cumbre de una de esas dos montañas que duermen tranquilamente en el paisaje de Jalapa. Verás cómo de aquellas blancas nieves que brillan á la luz del sol en los dias alegres del verano, se desprenden multitud de gotas de diamante, que formando primero hilos de plata y de cristal, se engrosan en seguida reuniéndose en cordones brilladores; descienden por la arena suelta, cuyos granos, á veces de oro, ruedan un momento con las aguas sin absorberlas; mojan el musgo que está abajo de aquellas arenas, y descolgándose por los mil declives de la

montaña, mugen como torrentes, se escalonan en multitud de cascadas pintorescas, hasta que ya mas repósadas de la fatiga de los precipicios, entran á los valles, se arrullan en los bosques y duermen en las florestas, abandonando por último, con pesar, aquellos sitios deliciosos.

El paso de esas serpientes de plata es saludado con júbilo por los vegetales y por los vivientes del desierto, la encina, el alerce, el álamo, inclinan amorosamente sus ramas y besan con tierno halago al benéfico elemento de que han recibido la fecundidad y las galas de la juventud. Los murmullos que producen esas ramas colgantes, acariaciadas á su vez por las ondas cristalinas, parecen encerrar un lenguaje misterioso que arrulla nuestra alma con las ilusiones mas queridas, y convidan á sueños encantadores. ¡Con qué complacencia cantan las aves en las orillas de los rios! Allí el ruiseñor refiere sus amores, mientras que la primavera parece quejarse de su amante que la abandona, y á veces en una rama desprendida que cae á la tranquila corriente, se embarcan dos enamoradas tórtolas en busca del árbol que servirá de palacio á sus dichosos dias.

La multitud de riachuelos y de rios que riegan y fecundan la superficie de la tierra, puede ser comparada á una inmensa red de venas que circulando por el cuerpo de nuestro globo van á dar continuamente al corazon, que será el mar. Desde el manantial—dice Saint-Pierre—hasta el Océano, todo está en circulacion. La lluvia que cae forma la corriente, el manantial forma el arroyo, el arroyo se echa en el rio, el rio en el mar y el mar en

el Océano, cuyos vapores nos producen la lluvia. De ordinario la fuente mana de la roca; el arroyo, de una colina; el riachuelo, de una montaña; los rios, de las montañas nevadas; la mar, de los continentes que la rodean en todo ó en parte, y el Océano, de los hielos que cubren los polos del mundo.

Podrian llenarse muchos volúmenes con la sola descripcion de los rios principales que riegan la tierra; mas para el contenido de una carta, tomaré al acaso algunos cuadros que puedan entretejer un momento tu imaginacion, y hacerte observar al mismo tiempo las armonías y bellezas que encierran esas corrientes fecundas.

«El rio Meschacebé ó Mississippí—dice Chateaubriand—riega en su curso de mas de mil leguas un país delicioso, á que los habitantes de los Estados-Unidos llaman el Nuevo Eden, y al cual los franceses han dejado el dulce nombre de Luisiana. Otros mil rios tributarios del Meschacebé, el Missouri, el Illinois, el Akanza, el Ohio, el Wavache, el Tenesee, lo engruesan con sus limos y lo fertilizan con sus aguas. Cuando llegan á hincharse estos rios con las lluvias del invierno y arrastran las tempestades trozos enteros de bosques, se amontonan en los manantiales los árboles arrancados, luego los consolida el lodo, los juncos los enlazan, y las plantas que arraigan entre ellos acaban de cimentarlos. Arrastradas ectas balsas por las espumosas ondas, bajan al Meschacebé. Se apodera de ellas el rio, las arroja al golfo mexicano y las encalla sobre bancos de arena, aumentando de este modo el número de sus embocadu-

ras. A intervalos levanta el río su ronca voz cuando baña las faldas de los montes y esparce sus aguas por las columnatas de los bosques y por las pirámides sepulcrales de los indios: este es el Nilo de los desiertos.

«Pero la gracia anda siempre unida á la magnificencia en las escenas de la Naturaleza; y mientras que la corriente de en medio conduce al mar los cadáveres de los pinos y encinas, se ven á lo largo de las orillas de las dos corrientes laterales, islas flotantes de alfónsigos y de nenúfares, cuyas amarillas flores se levantan como pequeños pabellones. Serpientes verdes, garzas reales azules, flamencos color de rosa y cocodrilos pequeños se embarcan en estos navíos de flores, y desplegando al viento esta colonia sus doradas velas, llega durmiendo á una ensenada lejos del río. Las dos orillas del Meschacébé presentan el cuadro mas extraordinario. Sobre el borde occidental se pierden de vista las llanuras, y cuando se alejan sus verdes ondas, parecen subir al azulado cielo, en donde se desvanecen. Por estas inmensas praderas se ven pasar rebaños de tres á cuatro mil búfalos salvajes. A veces un bizonte cargado de años, atravesando á nado las ondas, se viene á echar en medio de las altas yerbas en una isla del Meschacébé.

«Tal es la escena que presenta el borde occidental; pero se cambia de repente á la orilla opuesta, que forma con la primera un admirable contraste. Detenidos sobre la corriente de las ondas, amontonados sobre las peñas y montañas, esparcidos por los valles, varios árboles de todas

figuras, colores y perfumes, se mezclan, crecen juntos y suben por los aires hasta perderse de vista. Las cepas silvestres, las bignonias y las coluquintidas, se enlazan al pié de estos árboles, escalan sus ramas, trepan hasta la extremidad de ellas, se lanzan del arce al tulípero, del tulípero á la alcea, y forman mil grutas, mil bóvedas y mil pórticos. Sucede con frecuencia que pasando de un árbol á otro, estas enredaderas atraviesan brazos del río sobre los cuales forman puentes de flores. Desde el seno de estos balsámicos grupos levanta su cono inmóvil la soberbia magnolia, que realizando sus anchas rosas blancas domina todo el bosque sin tener mas rival que la palma que mueve ligeramente junto á ella sus verdes abanicos.

«Multitud de animales colocados en estos retiros por la mano del Creador, derraman allí los encantos y la vida. Desde los extremos de aquellas alamedas se distinguen osos embriagados con las uvas, que vacilan sobre las ramas de los olmos, los rengíferos se bañan en los estanques, las negras ardillas juguetean en la espesura del follaje, el pájaro-burlon y las palomas de Virginia bajan á los céspedes enrojecidos por las fresas, los verdes papagayos de cabeza amarilla y los cardenales color de fuego trepan en espirales por los troncos de los cipreses, los colibris brillan sobre el jazmin de las Floridas, y las serpientes-pajareras silvan suspendidas en las cúpulas del bosque, y se balancean como lianas colgantes.»

Muy diversas, aunque no menos interesantes y majestuosas, son las perspectivas del Nilo en el

Egipto. Allí no hay esos bosques pintorescos y llenos de encantos; pero la naturaleza se presenta como una madre previsora y cariñosa, que á la voz de sus hijos, sedientos por los calores del estío en aquellas regiones desoladas y arenosas, se apresura á socorrerlos, desciende con las aguas del Nilo ya aumentado por los torrentes del cielo, y derrama sus desbordes por las comarcas del Egipto, dejando allí la fecundidad y la abundancia. Los hijos del país espian con impaciencia el momento de estas inundaciones, y cuando las aguas abundantes anegan sus campos y aun invaden sus hogares, las reciben con júbilo, entonan himnos de agradecimiento, y consideran que bajo aquel manto de cristal se encierra una providencia invisible.

El padre Nilo tiene su nacimiento en Etiopía la alta (Abisinia), en el reino de Goyamo y en la provincia de Sacahala. Allí en la falda de un hermoso monte hay dos manantiales distantes uno de otro como un tiro de piedra, de agua cristalina y tan tan profunda que jamás se le encontró fondo. El agua que brota de estos manantiales forma luego una especie de depósito donde crecen multitud de árboles, tan juntos que se puede andar sobre sus raíces sin que se mojen los pies. Saliendo el agua de este lago, corre despues formando un río, y recibiendo otros mas pequeños y que aumentan su cauce en el espacio de quince leguas. Un poco mas lejos recibe al Kelti y al Branti, junto de los cuales está el primer despeñadero, y entra en el lago de los Abisinos; pero sin confundir sus aguas con las de este lago, prosigue su curso, recibiendo

otros rios caudalosos, y tambien el Tekese cerca de Egipto. Despues de haber dejado al Oriente los reinos de Baganaedri, de Amara y de Oleca, se inclina al Sur y deja al Sudoeste á Gazata y á Bisamo. Sigue luego corriendo por las tierras de Gongá y Cáfere, y entra al fin al país de Nubia y luego á Egipto. Allí da multitud de vueltas, y dividiéndose en dos brazos señala con una mano á Roseta y con la otra á Damieta.

Cerca de las primeras y ruidosas cataratas del Nilo, que mas adelante visitaremos, se encierran sus aguas entre dos enormes peñascos tan cercanos que muchos probaban su ligereza pasándolos de un salto, y luego entre esas dos piedras se mandó hacer el primer puente que vieron los Abisinos. En esas aguas del Nilo y como á la mitad de su curso se atraviesa en balsas pequeñas, las que á veces se ven acometidas por multitud de caballeros marinos y lagartos nadadores, que trastornándolas desgarran y devoran á los viajeros.

Las inundaciones benéficas del Nilo se atribuyen á diversas causas, y sobre esto dice Aimé-Martin lo siguiente:

«Jamás llueve en Egipto; pero cuando al principio de la primavera este clima está ya bajo el poder de un sol devorante, y que la tierra suspira por una agua benéfica, que la verdura se marchita y las flores se inclinan sobre sus tallos, se levantan de repente los vientos que barren la atmósfera y que llevan durante un mes todas las nubes á las montañas de la Nubia y de la Abisinia: allí estas nubes no caen como una lluvia ligera, sino con gran estrépito y derramando una enorme can-

tividad de agua en los lagos y ríos que van á engrosar el Nilo. Entonces este río se derrama sobre todas las tierras del Egipto; mientras que á alguna distancia de su manantial, donde estas inundaciones serian inútiles, corre tranquilamente en su lecho atravesando bosques y praderas.

«Se preguntará acaso, ¿por qué el Egipto ha sido socorrido por medios tan extraordinarios, cuando era tan sencillo regarlo como los demas climas del Universo? Así es sin duda como los filósofos hubieran arreglado el mundo: tan cierto es que los pensamientos de los hombres son inconsistentes y su prevision incierta. ¿Cómo habia de prevenir el hombre que las lluvias levantarían de aquellas tierras ardientes una cantidad inmensa de exhalaciones mortíferas, mientras que estas exhalaciones debían ser sepultadas y neutralizadas por las poderosas aguas de un gran río? Esta observacion se funda en la experiencia; porque si por una causa extraordinaria llega á llover en alguna de las comarcas del Egipto, las aguas producen al momento enfermedades epidémicas, fiebres y contagios. Por el contrario, la peste que asuela algunas veces al Cairo y al Bajo Egipto, desaparece tan luego como el Nilo comienza á derramarse sobre las tierras. Los cambios operados en el aire son tan rápidos que la muerte para sus estragos á medida que las aguas se elevan, hasta que al fin entra todo en órden. Era preciso, pues, que no lloviese en Egipto y que los vientos estuvieran enseñados á guiar los vapores y las nubes hácia las montañas de la Nubia y de la Abysinia.»

Si el Nilo es venerado en Egipto por los pueblos que riega y fecundiza en su variado curso, lo es aun mas el Ganges, que atravesando del Norte al Sureste la parte superior del Indostan, desemboca en el golfo de Bengala.

«Tomamos nuestro pasaje para Calcuta—dice el viajero Urbain en su obra de la *India Pintoresca*—á bordo de un navío del país. Permanecemos algunos dias en esta ciudad y nos embarcamos de nuevo en la amplia corriente del Hougly. La grandeza imponente de este río nos admiró en extremo, siendo comun tal impresion á todos los que le han recorrido. Los variados cuadros que presentan sus riberas, ora tranquilas, ora animadas, las ideas que su aspecto despierta, las fábulas, las supersticiones que á ellas se ligan, y por fin, el comercio y la industria humana que lanzan una poblacion activa sobre las aguas, todo concurre á formar un espectáculo lleno de interes para el viajero. Por otra parte, á despecho del desprecio fundado que merece todo culto idolatra, la veneracion con que le honran aquellos pueblos, principalmente en toda la parte de su curso conocida bajo el nombre de Ganges, parece comunicarle un carácter sagrado que conmueve nuestra imaginacion. Este Ganges tan famoso, es ciertamente el río mas notable del Universo, ya sea que se consideren las regiones inaccesibles y heladas que ocultan su manantial, ó los precipicios por donde salta antes de llegar á las llanuras, ó los obstáculos naturales que interrumpen su curso, ó en fin, la extension que riega, la distancia á que los devotos trasportan las aguas tomadas de su corriente»

te, la importancia del comercio que fomenta, el culto que le rinden millones de individuos, la fertilidad y las numerosas poblaciones que recorre como una verdadera divinidad, benéfica y majestuosa. ¡Lástima que aquellos pueblos no descubran la verdadera Providencia que se oculta bajo aquellas aguas grandiosas!

«Desde el principio de nuestra navegacion fué cautivada nuestra vista con la delicadeza de las formas y los movimientos graciosos de las jóvenes indianas que hacian sus abluciones en las aguas veneradas del rio, ó que sacaban de ellas para los usos domésticos ó religiosos. Los vasos en que llevan el agua son de forma esférica y de barro ó de bronce, colocándolos sobre su cabeza, unos sobre otros por orden de tamaños, hasta formar una pirámide ó un cono truncado. Nada iguala á la naturalidad y gallardía del andar de aquellas jóvenes bajo tan elegante carga. Una de estas hermosas indias fué víctima de un accidente trágico. Un día vieron los vecinos á un enorme lagarto que saltó de repente en medio del rio, llevando en su desmesurada boca á una jóven á quien acababa de coger de entre un grupo de las que se bañaban, y que comenzó á nadar con una rapidez asombrosa. Todas las embarcaciones ligeras que se encontraban en el rio se lanzaron á perseguirlo, aunque sin fruto, pues no podian dominar la corriente. La desgraciada víctima, aprisionada entre las enormes mandíbulas del monstruo, con las piernas colgando hácia un lado y la cabeza y los hombros por el otro, levantaba las manos como para implorar un auxilio que no era humanamente po-

sible llevarle. El caiman continuó remontando la corriente en su parte mas rápida y en presencia de todos, como para desafiar la persecucion, y despues sumergiéndose en el abismo, desapareció por última vez con su presa. Muchos animales de estos se han cogido en el Hougly, y al abrirlos se han encontrado en su estómago brazaletes, grandes anillos y otros adornos de mujeres y de niños.»

En las noches de la primavera y del estío se gozan á orillas del Ganges espectáculos encantadores. «Nuestra barca—dice un viajero citado por Aimé Martin—conducida por cuatro remeros se deslizaba suavemente sobre las ondas. Jamas un cielo mas puro brilló sobre campos mas tranquilos; el aire estaba embalsamado con los perfumes de la rosa y de otras flores, cuyas guirnaldas se prolongaban á lo largo del rio; todo estaba apacible y silencioso. Podia entregarse el viajero con delicia á sus emociones, y ya los marineros dirigian la barca hácia la ribera, cuando vi de repente los árboles que la coronaban encenderse con una luz azulosa, y aparecer como si estuvieran cargados de cristales y de frutos transparentes. Aquellos cristales pasaban por todos los matices del arco-iris, y eran sucesivamente azules, purpurinos y rosados: á veces se apagaban de pronto y la isla toda quedaba envuelta en negra oscuridad; pero un instante despues saltaban millones de chispas por todas partes, las que brotando de entre los árboles, caian en lluvias de oro, se volvian á levantar en regueros brillantes de azul y ópalo, ó se despleaban por los aires como un penacho de

fuegos artificiales. Inmóvil al aspecto de tanta maravilla, me creía trasportado á un país mágico, y esperaba abordar á riberas encantadas que no han sido vistas sino por los héroes del Tasso, y en las que las delicias del amor hacen olvidar las delicias de la patria. Pero los remeros disiparon bien pronto esta ilusión, diciéndome que aquellos fenómenos se repetían todas las noches, y que eran producidos por insectos alados y luminosos.»

Pero si quieres navegar por el curso de un río frecuentado por viajeros escogidos entre la elegancia europea, y cuyas márgenes recorren ciudades populosas, palacios encantados, ruinas fantásticas y paisajes deliciosos, embárcate en las aguas del Rhin.

«Los curiosos no se contentan con ver este río desde Basilea, donde comienza á ser navegable—dice Guinot en su interesante obra de *Las Márgenes del Rhin*—porque saben que la parte superior de él no es la menos interesante ni la menos pintoresca, y van á cogerlo desde sus manantiales para no perder nada. Esos curiosos quieren ver al río desde recién nacido, luego en el estado de adolescente; quieren oír sus primeros vagidos, seguir sus primeras ondulaciones al través de los pedernales que para él son ya escollos; quieren luego verle crecer, desarrollarse, cavar su lecho profundo, abrir sus riberas obedientes y llegar á ser por último ese Rhin soberbio, que en su curso de cuatrocientas leguas baña tantas ciudades florecientes y recibe millares de tributarios antes de echarse en el Océano.»

El Rhin tiene su nacimiento en los Alpes, que

separan la Suiza de la Italia, pasa por el cantón de los Grisones, toma aliento en el lago magnífico de Constanza, cuya ciudad, célebre por el concilio que lleva su nombre, y que tuvo lugar del año de 1414 al de 1418 para dar fin al cisma de los tres Papas que dividían la Iglesia romana y condenar las doctrinas del hereje Juan Huss, es la primera población de importancia que recorre. En seguida encuentra á Basilea, la ciudad mas considerable y comercial de la Suiza, una de las que ocupan el primer rango en la historia del país, y que debe su origen á un establecimiento romano. Dejando el cantón de Basilea, el Rhin corre entre la Francia y el gran ducado de Baden, pasa por poblaciones poco importantes y llega á divisar á Estrasburgo, que dista un poco de la ribera izquierda. Estrasburgo es célebre por su catedral, sus fortificaciones y su arsenal. En esa catedral hay un reloj astronómico, de trabajo maravilloso y obra maestra del arte. Cuatro figuras representando las cuatro edades ó épocas de la vida, marcan los cuartos de hora: la Infancia da el primer cuarto, la Adolescencia el segundo, la Edad madura el tercero y la Vejez el último. La Muerte da las horas, mientras que uno de los dos genios sentados cerca del cuadrante, hace girar un reloj de arena. Al medio día los doce Apóstoles pasan inclinándose ante Jesucristo, quien los bendice levantando la mano, y en áquel instante un gallo que posa sobre un campanario, canta batiendo las alas. El reloj señala la fecha y el nombre de cada día, el santo ó la fiesta que le consagra; está enriquecido con un cómputo eclesiástico, una nueva es-

fera celeste y un planetario segun el sistema de Copérnico; anuncia el tiempo verdadero, el sideral, las fases de la luna, los eclipses y todas las revoluciones de los astros.

Tambien divisa el Rhin en su curso á Offenbourg, ciudad decaida que ha perdido su majestad, pero que conserva su gracia y castillos llenos de tradiciones y leyendas. Entre otras, se cuenta del castillo de Stauffen, que al volver su señor un dia de la caza, se encontró cerca de la fuente con una hada de quien hubo de enamorarse, pero la que no quiso escucharle sino bajo condicion de matrimonio. Se verificó este desde luego, llevando la hada una magnífica dote de piedras preciosas, y vivieron deliciosamente un año los esposos, hasta que la guerra llamó al señor de Stauffen á países lejanos. Allí experimentó un cambio su corazon, pareciéndole que no seria válido su casamiento con una hada; pero cuando ya se preparaba á contraer nuevas nupcias, recibió un billete escrito por la esposa abandonada, quien le decia: « Si me traicionas, morirás, y te anunciaré tu última hora enseñándote uno de mis pies, que saldrá de la pared del aposento nupcial. » El caballero, que era atrevidísimo, despreció este aviso y se casó. Pero al entrar con su nueva esposa á la recámara nupcial, vió un piececillo blanco que salia del artesonado, y cayó muerto en el instante.

No lejos de estos sitios se eleva la ciudad de Baden, graciosamente reclinada sobre una colina, y célebre por sus baños que en el estío recogen lo mas selecto de la sociedad europea. « Baden—

dice Guinot—es como esas mujeres hermosas cuyas facciones delicadas y cuya expresion inefable no pueden ser reproducidas por el mas diestro pincel. Y es que la belleza de Baden no reside tan solo en los adornos que ha puesto allí la mano del hombre, ni en los dones preciosos que la Naturaleza le ha prodigado: sus encantos mas seductores le vienen de la brillante sociedad que le lleva la estacion de los baños; su belleza se compone de las gracias, de los talentos y de la elegancia de todos los países. Para pintar, pues, á Baden, seria preciso hacer los retratos de todas las mujeres que allí se presentan, repetir todo lo que se dice en sus tertulias y paseos, recoger al paso mil caprichos fugitivos, ostentar las maravillas del lujo de aquellos salones, revelar los secretos de mil aventuras que se forman y terminan sin cesar en medio del tumulto, en la soledad, en el baile y en el campo, al resplandor de las bujías y á la sombra de los bosques. Tal cosa seria difícil, por no decir imposible. »

Mas adelante encuentra el Rhin en sus riberas, todavía solitarias, á Manhein á la derecha, y á la izquierda á Spire y á Worms, cuyas dos últimas ciudades son célebres por las luchas y debates del protestantismo. Vienen luego Maguncia, célebre por haber sido la cuna de Gutemberg, el inventor de la imprenta, y Francfort, célebre por su comercio y por los caprichos artísticos de sus construcciones. Deja el rio mas adelante en su curso á Biberich y á Wisperthal, á Lorch y á Coblentza, poblaciones todas llenas de castillos en sus cercanías y de leyendas fantásticas; siguen Bonn,

célebre por su universidad, que la coloca en el primer rango entre las ciudades de Alemania y Colonia, tan renombrada por su soberbia catedral y por el agua de olor que lleva su nombre, y uno de los mas exquisitos perfumes.

A medida que se avanza hácia la embocadura del Rhin, sus márgenes van siendo mas áridas y desiertas, como si el rio se despojase de las galas de la juventud para pasar á la gravedad de la vejez; las ciudades que deja al paso son de poca importancia, hasta que dividiéndose la corriente en diversos brazos, alimenta con uno el canal que va de Utrecht á Amsterdam, reuniéndose el rio Meuse, y va con los otros á morir tranquilamente en las aguas del mar del Norte.

Ese bullicio y esas galas mundanas del Rhin contrastan con la soledad y los grandes recuerdos religiosos del Jordan. En las aguas puras de este magnífico rio que fecundiza las rosas de Jericó, fué bautizado Jesucristo por San Juan, y ese rio de los Patriarcas, los camellos de sus riberas, el templo de Jerusalem y los cedros del monte Líbano, presenciaron atentos la ceremonia—como dice Chateaubriand.

«Quedamos confundidos y encantados—refiere Lamartine en su *Viaje á Oriente* y hablando del Jordan—cuando á la orilla de la última meseta arenosa que se corta de súbito bajo nuestros piés y se cava en una hondonada á pico, tuvimos frente á nosotros uno de los mas graciosos valles que se hayan visto. Nos precipitamos al galope de nuestros caballos, atraidos por la novedad del espectáculo y por las delicias de la frescura, de la hu-

medad y de la sombra que llenan aquel valle. Por todos lados se ven praderas del verde mas hermoso, donde crecen aquí y allá grupos de juncos en flor, y plantas bulbosas cuyas anchas y brillantes corolas siembran de estrellas de todos colores el césped y los piés de los árboles: ramilletes de arbustos de tallos largos y flexibles se inclinan como penachos alrededor de sus mismos troncos multiplicados; grandes sauces de la Persia, de follaje menudo, lanzan libremente sus ramas nervudas como las de nuestras encinas, y hacen brillar sus troncos blancos y lustrosos á los cambiantes rayos del sol matinal; bosques de álamos de todas especies, mimbrares tupidos que es imposible penetrar y multitud de enredaderas que se entretajan con ellos, forman grupos, festones y redes magníficos. Estos bosques se extienden hasta perderse de vista á los dos lados y sobre las dos riberas del rio. Nos fué preciso bajar de los caballos y establecernos en uno de los escampados del bosque, para penetrar á pié hasta la corriente del Jordan, que oíamos sin verla. Avanzamos con trabajo, ya por la espesura del monte, ya por medio de altas yerbas, y ya al través de los tallos tupidos de los juncos, hasta que al fin encontramos el sitio en que solo el césped limitaba las aguas, y metimos en ellas nuestros piés y nuestras manos. El rio podrá tener allí ciento veinte piés de anchura; su profundidad parece considerable, su curso es bastante rápido, sus aguas son azulosas y ligeramente pálidas por la mezcla de tierras grises por donde pasan, y sus márgenes son cortadas á pico, aunque las llena el rio hasta los

piés de los árboles y juncos de que están cubiertas. Aquellos árboles, minados á cada instante por las aguas, dejan colgar y arrastrar sus raíces por la corriente, y á veces, faltos de apoyo por la tierra que se desmorona, se inclinan sobre el agua y forman arcos de verdura de una márgen á otra. De vez en cuando alguno de aquellos árboles es arrebatado con la porcion de suelo que le sostiene, y boga por el rio con sus lianas arrancadas y pendientes de su ramaje, con sus nidos sumergidos y sus pájaros que posan aún en sus ramas; algunos de ellos miramos pasar durante las pocas horas que permanecemos en aquel oasis de delicias. El bosque sigue todas las sinuosidades del Jordan, y le trenza una perpetua guirnalda cuyos flecos colgantes murmuran apaciblemente entre las ondas. Millares de pájaros habitan aquellos bosques impenetrables, y los árabes nos advertian avanzásemos con precaucion y con las armas listas para contrarestar el furor de los leones, panteras y gatos monteses que habitan aquellas selvas, y cuyos rugidos y movimientos extraños llegamos á escuchar.»

Hasta aquí Lamartine.

Atravesando el Jordan las llanuras de Jericó en la parte superior de la Arabia, camina silencioso y solemne, como si meditase en sus grandes y sagrados recuerdos, cuando sus aguas se encuentran de improviso detenidas por el Mar Muerto, que como un gran sudario de apagado cristal las envuelve para siempre y las confunde con los restos de la abismada Pentapolis.

CARTA XIV.

Cascadas notables.—Variedad del curso de los rios.—El salto de la Orduña.—Catarata del Rhin.—Cataratas del Nilo y rasgos atrevidos de los egipcios.—Cascadas del Tigris.—Catarata del Niágara.—Episodios del Niágara.

México, Enero 10 de 1862.

Te sorprenderás si examinas con atencion el curso de los rios, al ver la variedad infinita de giros que describen sus aguas, y los mil aspectos que de continuo presenta la corriente. A cada veinte pasos, á cada diez tendrás un nuevo paisaje que contemplar: aquellas aguas que vienen de regiones distantes, ora corren tranquilamente sobre planos de suave declive, ora bullen entre ligeros pedernales y se divierten con las espumas vaporosas que giran en remolinos, ora se estrechan entre peñas que angostan y profundizan el cauce, y pasan violentas pero silenciosas, oscureciendo su seno con sombras fantásticas, para salir luego y esplayarse por una alegre campiña, formando estanques apacibles en que se retratan el cielo y los árboles, y en que juegan los patos, las garzas y los cisnes, bañándose en las cristalinas ondas;